

La península ibérica entre los siglos XIX y XX Zamora, 1 de febrero de 1998

EL 98: LA PÉRDIDA DE LAS ÚLTIMAS COLONIAS ESPAÑOLAS DE ULTRAMAR. Algunas líneas de investigación y una propuesta metodológica para su enseñanza en Bachillerato.

Alfredo López Serrano

La red prensa-política y los militares de fin de siglo.

Antonio Cánovas del Castillo diseñó, y sostuvo con su liderazgo, un sistema político en el que el ejército ocupaba el papel de garante de la defensa nacional, pero mantenerse significativamente alejado de las querellas políticas. La discusión parlamentaria, las elecciones, la prensa y el juego político, en general, parecían relegar al olvido la práctica de los pronunciamientos, asonadas militares, cuartelazos y otros métodos por los que los militares españoles accedieron al poder político a lo largo del siglo XIX. Con excepciones insignificantes, el ejército asumió este nuevo papel, por convencimiento o por cansancio, en el último cuarto del siglo XIX. Cánovas supo ganarse a los más relevantes mandos militares (los *generales políticos*), les asignó siempre los ministerios de Guerra y de Marina, y, a cambio, no se inmiscuyó en los asuntos internos de la milicia.

El ejército aceptaba así la alternancia de unos partidos que no respondían a ideologías (desde que el partido liberal fusionista reconoce la soberanía compartida entre el rey y las cortes, renunciando a los principios progresistas y sumándose al doctrinarismo), sino a redes de intereses, con marcado patronazgo o clientelismo de unos políticos sobre otros, dentro de un entramado financiero e ideológico puesto al servicio de estos grupos de notables. Por ello, el ejército de la primera parte de la Restauración borbónica se debe entender así como una red clientelar más, mimetizada, pues, con la estructura oligárquica y caciquil del conjunto de la sociedad, y controlada por los *generales políticos*. Una de las primeras líneas de estudio de la realidad española que aparecen como reacción de los intelectuales frente al *Desastre* tiene, precisamente, este enfoque, y su más notable representante es Joaquín Costa.

Los problemas del ejército decimonónico español.

Sin embargo, la atención específica al problema militar inspiró desde entonces otros muchos y diversos trabajos que ayudaron a reenfocar la crisis finisecular, a la vez que sigue permitiendo una gran variedad de fructíferas líneas de investigación. La abundancia de estudios y publicaciones sobre este tema da idea de su relevancia para explicar los fenómenos más destacados de la Historia de España del siglo XX, al tiempo que la diversidad de enfoques deriva de la abundancia y complejidad de los problemas militares finiseculares.

Entre estos problemas, no era el menor la falta de puesta al día del ejército español en cuestiones tecnológicas, pese a la reconocida y creciente importancia de este aspecto frente a la decadencia de los viejos valores militares (la disciplina formal, el orgullo castrense, una cierta estética de la guerra, etc.). También pareció olvidarse o descuidarse el respaldo industrial que los ejércitos modernos necesitaban. El español no supo aceptar suficientemente el reto tecnológico que le imponían los tiempos, y la infortunada experiencia del submarino de Isaac Peral es un diáfano ejemplo de ello (Rodríguez, 1993).

El ejército de la Restauración había heredado de un siglo de guerras civiles la opresiva inflación en el número de oficiales y jefes. El ahogo económico producido por los excesivos gastos de personal, la inviabilidad de un ejército de generales sin soldados, y la inconveniencia política (el peligro de rebelión estaba siempre latente) de despedir a los que habían sido aliados o habían aceptado la paz en las guerras carlistas o en las insurrecciones coloniales, hacía inoperante la máquina de guerra española (Cardona, 1983).

La Restauración, para muchos historiadores, fue una época de "civilismo" (Seco, 1984), de predominio del poder civil. Pero para otros (Carr, 1969; Ballbé) este panorama civilista tiene algo de espejismo, ya que el ejército no pierde las prerrogativas políticas que había adquirido desde la Guerra de la Independencia, a lo largo del convulso siglo XIX (Christiansen), y se sitúa en estado de espera amenazante: su poder se manifestará con fuerza precisamente a partir del fracaso de las guerras coloniales.

La oficialidad de la Restauración acepta durante algún tiempo la jerarquía y el poder de los altos mandos, de los *generales políticos* en los que se basó el sistema

canovista y de los que dependen por redes de influencia. Pero, muy pronto, algunos sectores del ejército comenzarán a mostrar su descontento ante los agravios comparativos provocados por los clientelismos y ante el agravamiento de la situación económica de los oficiales (Busquets).

Una progresiva crítica social a la actuación del ejército en su conjunto, una pérdida de prestigio social ante una burguesía más pujante y sobre todo un rechazo popular a la injusticia del sistema de recluta y la redención en metálico (Sales), aleja poco a poco a los militares de la opinión pública. Anécdota o no, una muestra del desprestigio de lo militar es la recomendación, en publicaciones militares del momento, de lucir y revalorar socialmente el uniforme: en una gala social, un uniforme de oficial se empieza a reconocer como menos vistoso o prestigioso que un *frac*, prenda que muchos oficiales desearían lucir pero no pueden costearse.

Antes de la última guerra de Cuba, los intentos reales de reforma (las del general Cassola) serán, finalmente, rechazados y se mantendrán la desorganización, el clientelismo y las dificultades de una solución financiera para el ejército y la oficialidad media.

Grupos de oficiales tomarán la iniciativa del asalto a determinados periódicos cuando se sugiera una falta de patriotismo en el ejército (*El Resumen* y *El Globo* en 1895). Curiosamente, no hubo intentonas de golpe de estado en 1898, sino que los militares se mantuvieron a la espera de la determinación de las responsabilidades de la derrota. Sin embargo, el primer tercio del siglo XX está jalonado de síntomas inequívocos de militarismo: la ley de jurisdicciones de 1906, las juntas militares de 1917, la dictadura de Primo de Rivera en 1923 y el *Alzamiento* de 1936, en una progresiva toma del poder político por parte del ejército.

Las diferentes perspectivas del problema permiten elaborar una periodización del intervencionismo militar (Payne) o distinguir entre *militarismo* (actuación política del ejército como cuerpo) y *pretorianismo* (acción política de determinados militares) en la actitud del ejército en España (Boyd), pero todas concediendo a la institución militar un papel de primer orden en la evolución de los acontecimientos a partir de 1898.

El contexto internacional

Una de las líneas de investigación más fructífera es, desde hace ya bastante tiempo, la asociada al estudio de la política exterior española anterior a 1898, caracterizada por una "neutralidad" que casi todos los historiadores coinciden en valorar como de "aislamiento suicida". Los peligros del "recogimiento" pudieron comprobarse en 1885, el mismo año del congreso de Berlín, cuando Alemania intenta invadir las islas Carolinas. Era algo más que una advertencia. Pocos españoles sabían dónde estaban las Carolinas, pero la prensa inflamó el nacionalismo hispano, se produjeron manifestaciones de orgullo patriótico e indignación. En realidad, el conflicto se resolvió por vía diplomática, contando con la mediación del Papa y de los pocos soportes internacionales que le quedaban a España, especialmente Inglaterra, que no veía con buenos ojos el ascenso alemán. En la opinión pública, sin embargo, quedó la sensación de que bastaba con gritar para atemorizar a los barcos enemigos.

Contando con golpes de suerte de este tipo, se fue aplazando la modernización del ejército y la marina (teniendo en cuenta de que se trataba de posesiones muy dispersas y de poca presencia civil), además de no renovarse e intensificarse el juego de alianzas que las naciones débiles (*dying nations* en la terminología de Lord Salisbury) necesitaban para mantener sus colonias en caso de conflicto. Tampoco se comprendieron los reajustes que sufrieron otros imperios coloniales ante la *big stick policy*, o la *realpolitik* bismarckiana, en lo que se designa como "los 98 no bélicos" (Pabón):

"La crisis del Ultimátum en Portugal (1890), Shimonosheki para Japón (1895), Adwa para Italia (1896), la disputa de la Guayana/Venezuela par Inglaterra (1896), Fashoda para Francia (1896) y... el 98 no aceptado: Cavite y Santiago para España" (Almuiña, 1996: 125).

Y junto al aislamiento, según Jover, una característica define la actitud española en política exterior: el pesimismo. Un pesimismo que arranca del convencimiento profundo de ser una potencia de segundo orden, al contemplar impotente la redistribución colonial que se está produciendo (Jover, 1979), a pesar de los aires de prestigio que se permite España contando aún con la existencia de sus ricas colonias. Este pesimismo contrasta con el optimismo "infantil" y "cruel" que se manifiesta en la prensa estadounidense del momento (Allendesalazar, 1974).

La empresa en América y en el Pacífico era demasiado costosa, demasiado quijotesca en la opinión de algún sector de la opinión pública finisecular. La alternativa de expansión colonial estaba en África, opinaba por aquellos años Gonzalo de Reparaz, geógrafo nacido en Oporto que consideraba, junto a otros miembros de las sociedades geográficas españolas (entre ellos el mismo Joaquín Costa) que era más prudente seguir el ejemplo portugués en cuestiones coloniales y centrarse en las posibilidades de expansión, no explotadas, del continente africano.

El relevo de los viejos imperios por las nuevas potencias se lleva a cabo por la fuerza de las armas en la mayoría de los casos. Pero España no acepta fácilmente esta redistribución colonial, a pesar de las dificultades para conservar los territorios de ultramar. Poderosos intereses económicos y políticos obligan a una defensa casi desesperada.

Las razones económicas de la defensa del territorio colonial

Todos los grupos con posibilidades de disputarse el poder estaban interesados en el mantenimiento de las colonias. Sería preciso seguir investigando en las redes personales, en los nombres y apellidos que están detrás de negocios concretos (Cayuela). Pero no solo interesan las colonias por el comercio que generan, sino porque las islas son la mejor garantía de una deuda pública creciente, colocada en las bolsas de París o Londres, que es más importante para la hacienda pública española que los propios beneficios que pudieran obtenerse de las colonias. La cotización de esta deuda dependía de las victorias que se fueran produciendo, de ahí el triunfalismo militar que se exhibió hasta el último momento. Incluso los empréstitos de guerra fueron convertidos en negocios altamente especulativos. Los derechos de aduanas, controlados en última instancia por el Capitán General correspondiente, amenazados siempre por el contrabando y la corrupción, completaban el capítulo de ingresos, pero no eran suficientes para sufragar los gastos en períodos bélicos.

Financieros, políticos y militares estaban empeñados, pues, en el esfuerzo por mantener Cuba y Filipinas. De otro modo no puede explicarse la importancia concedida al mantenimiento de unas colonias que tantos gastos generaban, sobre todo en época de guerra, al erario público, y tantas vidas llegaron a cobrarse. Al mismo tiempo, se mantenía y fomentaba el mito imperial en la mente de los españoles, tantas veces criticado por los regeneracionistas.

Tanto insistió la prensa en la retórica del honor militar, del orgullo nacional herido, de la ingratitud castigable de los insurrectos de ultramar, que se podría hablar, forzando la argumentación, de las causas ideológicas de la guerra, ya que en el mantenimiento de la colonia cubana se empeñó el honor español, en palabras de Cánovas, que declaró en el parisino *Le Journal*:

"Cuba, por l'Espagne, c'est son Alsace-Lorraine. Son honneur y est engagé".

También muy repetida fue aquella expresión de Sagasta: "hasta el último hombre y la última peseta", lo que llegó a ser casi realidad, como se comentó posteriormente en las Cortes, con amarga ironía. En estas sesiones también se dijo "se han perdido los barcos, pero no se ha salvado el honor" (Canalejas). Todo nos indica un conflicto ideológico, y un cambio, a raíz de la derrota militar, en el terreno de los valores patrióticos, que enmascara un sordo conflicto de intereses, los de unos pocos oligarcas (comerciantes, navieros, fabricantes, especuladores financieros) enfrentados a los de la mayoría de los españoles.

Los intentos de venta y los profetas del *Desastre*

Prim fue el gobernante que, a través de Segismundo Moret, llevó a cabo las primeras negociaciones para la venta de Cuba (a los norteamericanos), debido a lo gravoso del mantenimiento de la gran Antilla a la hacienda española del Sexenio. Al no conseguir su venta, se estuvo a punto de transigir en su independencia. Pero el asesinato de Prim e intereses poderosos mantuvieron a Cuba unida a la metrópoli por varios lustros más. Prim fue asesinado cuando las gestiones para conceder la independencia a la isla estaban muy avanzadas. Sobre este magnicidio mucho se ha escrito y se seguirá escribiendo. Demetrio Ramos sugiere la posibilidad, bastante lógica y fundada, de que detrás de él estuvieran los intereses coloniales (Ramos).

El caso de Pi y Margall y de Camilo García de Polavieja son también significativos de las posturas en favor de la independencia cubana anteriores al *Desastre*. Pi y Margall partía de la afinidad con la república federal de los Estados Unidos, Polavieja intentando promover el afianzamiento de los intereses económicos de la metrópoli y crear una alianza con una Cuba independiente que sirviera de freno al avance de lo

anglosajón.

Los distintos intentos de Polavieja, entre 1880 y 1892, de sustituir el ejército por el espionaje y reducir así los gastos militares apenas si tendrán continuadores capaces de intentarlo. Desde su puesto de Capitán General de la Isla llegó a afirmar que no había una política colonial española, o lo que era lo mismo, cada ministro tenía la suya propia: bien intencionados pero no conocedores de la situación desde Madrid, diligentes pero mal informados otros, perezosos los más, todos los ministros de Ultramar daban el mismo resultado, y no era, en opinión del Capitán General, el liberalismo y sus cambios de gobierno la causa de esta situación cambiante: los Estados Unidos habían mantenido una sola política colonial durante más de cien años a pesar de la constante alternancia en el poder (Polavieja, 1898).

Curiosamente, cuando Cánovas está a punto de aplicar un sistema autonómico para la isla, se produce su asesinato. Angiolillo, el anarquista que le disparó, declaró que era en venganza por sus compañeros ajusticiados en Montjuïc, y no se investigó más. Pero se ha apuntado que Angiolillo venía de París, donde una activa colonia cubana sufragó sus gastos de viaje. Falta aún una investigación más profunda, por tanto, sobre las posibles conexiones entre este magnicidio y los poderosos intereses del comercio entre Europa y América y si, por tanto, puede emparentarse con el de Prim.

Las razones políticas y el desarrollo de la guerra

Conservar el territorio era, desde el principio, uno de los objetivos de la monarquía restaurada, y en particular de la regencia de María Cristina, al morir su marido Alfonso XII. Estaba en juego algo más que las colonias: era la existencia misma de la monarquía la que corría peligro. Se temía a carlistas, a republicanos, pero sobre todo al ejército. La sugerente opinión de Carlos Serrano es que era imposible concebir la venta de Cuba a los norteamericanos y se tuvo que optar por una derrota rápida y eficaz que silenciase al ejército. Se actuó con sigilo y habilidad, con pleno conocimiento de lo que iba a pasar, según Serrano, para evitar el golpe de estado militar o la rebelión popular. Una investigación sobre las alusiones a secretos de estado de Romanones o de Sagasta podrían dar alguna luz en este asunto (Serrano).

La insurrección cubana, que había comenzado en 1868, en realidad había sido

ininterrumpida, a pesar de las victorias españolas y de los armisticios. Frente a ella, se había aplicado un sistema de ostracismo de dirigentes rebeldes que a medio plazo fortalecía y aumentaba los contingentes de la insurrección. El propio Martí vivió su exilio en la Península, donde fortaleció sus convicciones independentistas. Los cubanos desterrados conseguían contactos y fondos para la insurrección en unos pocos años. Era inevitable que volviesen, porque habían dejado allí sus familias, sus ideales. La deportación de los revolucionarios a las Marianas, con sus familias, como propuso Polavieja, era una medida poco económica y nada popular, pero tal vez la única solución si se quería mantener la soberanía española en las Islas.

Hay que considerar las diferencias y semejanzas entre Cuba y Filipinas, y, en primer lugar, la población (blanca y negra en Cuba, frente a un escaso número de españoles en Filipinas). Y ello porque es destacable que el conflicto en Filipinas (Marianas, Carolinas y Joló) era más típicamente colonial, es decir, requería un ejército menos numeroso, ya que los tagalos estaban mal armados. En Cuba, en cambio, la situación se parecía más a una guerra civil (240.000 soldados españoles en algunos momentos del conflicto): la población blanca rebelde estaba bien pertrechada, con apoyos importantes desde el exterior.

Al contrario que el general Polavieja y su sucesor Fernando Primo de Rivera, que pudieron controlar la insurrección Filipina (hasta que en 1898 las acciones bélicas norteamericanas obligaron a los españoles a capitular), las campañas de todos los capitanes generales de Cuba a partir de 1895 serán un completo fracaso.

La especial configuración de la Isla, que se extiende por más de 1.200 km. de Oeste a Este, y siempre menos de cien de Norte a Sur, permitió a los españoles basar la defensa de la isla frente a las guerrillas en las llamadas "trochas", líneas fortificadas, reforzadas con un ferrocarril o con puestos cada menos de dos kilómetros. No quedaba otra estrategia que la defensiva, teniendo en cuenta la orografía y climatología cubanas, para impedir el paso de las partidas de Oriente, donde al nacionalismo cubano se sumaba el descontento de la raza de color, pese a los abundantes efectivos militares que concentró la metrópoli durante la guerra en la Isla.

Finalmente, fracasaron los tres estilos diferentes que los capitanes generales españoles imprimieron a la contienda: fracasó el estilo conciliador de Martínez Campos, que se encontró con una insurrección bien pertrechada, apoyada logísticamente por los

Estados Unidos, con sustento económico de sus clubs en Tampa, New York y sobre todo Cayo Hueso, bien situados estratégicamente sus generales Gómez, García y Maceo, dirigidos sabiamente por un líder, Martí, que a pesar de morir en 1895 deja la insurrección sólidamente establecida. Grupos de más de 1000 hombres cruzan las trochas en dirección a la Habana. Martínez Campos dimite al negarse a fusilamientos en masa.

Fracasó su sucesor, el general Valeriano Weyler, que impone las reconcentraciones de campesinos y un estilo enérgico que responde al lema "a la guerra con la guerra". Pero ni siquiera la muerte del temido Maceo permite un avance real de la posición de los españoles en la isla, continuando la sangría económica y humana.

Y Fracasó también Ramón Blanco, el último Capitán General, al que tocó hacer frente a los acontecimientos decisivos, la explosión del *Maine*, y convertir en realidad los intentos acelerados de conceder la autonomía a la isla.

La guerra, en los últimos momentos, era un callejón sin salida: los españoles controlaban con seguridad las ciudades y los cubanos el campo, sin avances ni retrocesos. Pero el mantenimiento de la guerra suponía una sangría económica insoportable para la metrópoli, que tenía sus recursos al límite.

En todo este tiempo, a pesar de los éxitos parciales, la máquina española de guerra simplemente no funcionó. Y dio muestras de ello desde el principio: el hundimiento del Reina Regente cuando transportaba tropas en 1895 fue un desafortunado accidente, pero era un síntoma de la falta de previsión con la que se estaban haciendo las cosas.

Cada vez conocemos más testimonios de militares y diplomáticos que conocían hacia donde conducía la situación colonial, pero el país no fue capaz de impedirlo. Los intentos siempre frustrados de venta de Cuba, los consejos de buenos conocedores del problema cubano de otorgar la independencia a la isla de buen grado, garantizando los intereses económicos, la inevitabilidad del conflicto con los Estados Unidos,... prácticamente todo era conocido en medios militares y diplomáticos.

Un ejemplo de esto último fue la publicación en 1897 del libro *La guerra hispano-norteamericana*, obra en la que Manuel Gómez Vidal, un oficial español, expone sus

esperanzas de victoria frente a los Estados Unidos en un previsible conflicto futuro, basadas en la falta de preparación de los marinos norteamericanos frente a su mejor equipamiento tecnológico. El militar opina que se debe aprovechar el factor sorpresa y la ventaja de conocer los arrecifes, para crear una emboscada a la marina estadounidense (Gómez Vidal). Pero los norteamericanos conocían también la geografía cubana, ya que desde, al menos, 1891, estaban llevando a cabo estudios exhaustivos de su geografía física y humana, estudios que aparecieron incluso en revistas militares de amplia difusión.

"Un país donde no se hace secreto de nada", llega a decir Polavieja, aunque no fuera cierto, contrastaba con la imagen de secretismo que daba la política española del momento, lo que era indicio de una oligarquía (en una tupida red prensa-política-poderes económicos) que impedía el acceso de fuerzas democráticas.

No falló, por tanto, sólo el ejército: era toda la sociedad española la que estaba enferma, según expresión de un sector de los regeneracionistas, o subdesarrollada, según el resto. Era necesario un *cirujano de hierro*, y durante toda la guerra se anduvo a la búsqueda de ese "Hombre con H mayúscula", que fuera capaz de resolver la situación.

Pero la guerra avanzaba. Máximo Gómez decía que los mejores generales de la revolución eran Junio, Julio y Agosto, debido al calor y las enfermedades que diezmaban a las tropas españolas durante el verano. Santiago Ramón y Cajal había descrito, años antes, siendo médico en Cuba, las malas condiciones sanitarias, higiénicas y de alimentación que tenía que sufrir el recluta. Es famosa la anécdota del caldo de gallina hecho con gallina ya cocida, ejemplo con el que denuncia la corrupción que hace imposible cualquier mejora de la situación de los soldados. Se acumulan las reclamaciones por impago de la soldada a las familias de los muertos en Cuba. Una buena parte del dinero jamás llegaría a los familiares, según se desprende de los testimonios a propósito de soldados fallecidos en el frente (Archivo General de Indias, Diversos, 34).

La prensa también criticó a generales de alta graduación, tanto por ocultar la verdadera situación del ejército colonial como por las enormes sumas con que rentabilizaban sus destinos en Manila o La Habana. La publicación humorística *El Pájaro Verde* lo insinuaba con gracia y sin contemplaciones:

"ACERTIJO.

El general Primo de Rivera, cuando fue nombrado para el cargo de gobernador general de las Islas Filipinas, era capitán general de los ejércitos nacionales. No iba a buscar un ascenso en su carrera militar.

Hace diez y seis años que había desempeñado el mismo destino. No iba a buscar un ascenso en su carrera política.

El general Primo de Rivera era también marqués de Estella. No iba a buscar un título nobiliario.

Era también senador. No iba por la senaduría.

Tenía todas las grandes cruces y bandas, habidas y por haber. No iba por cruces.

¿Qué iba a buscar a Filipinas el general Primo de Rivera?

*¡Dinero!... Dinero daríamos nosotros al que nos contestara qué es lo que fue a buscar a tierras tan lejanas y tan ingratas para todos... menos para él!"*¹.

Normalmente, la crítica adoptaba el ropaje del chiste, pues los rotativos sabían a lo que se exponían. Este tipo de sátiras, tan frecuentes en la época, eran un síntoma inequívoco de la pérdida de confianza de la sociedad española en sus dirigentes y del desgaste de sus valores tradicionales.

El papel de la prensa norteamericana en el conflicto ha sido también muy destacado por un buen grupo de historiadores (Allendesalazar, 1974; Timoteo). El caso de las turistas vejadas en la aduana, o el drama de Alfonsina, hija de un héroe rebelde, acosada por un oficial español y rescatada por un grupo de guerrilleros sufragados por la prensa de Hearst, nos hablan de nuevos procedimientos periodísticos, del amarillismo al servicio de un objetivo colonial. El papel de la prensa ha sido muy estudiado, tanto la "prensa infame" española, que alentó esperanzas de vencer en la guerra (se difundió la disparatada frase de Weyler de querer invadir los Estados Unidos con 50.000 hombres y llegar fácilmente a Washington), como la prensa norteamericana que *creó* una opinión pública en contra de España, inaugurando la propaganda de masas característica de los conflictos bélicos del siglo XX. Esta propaganda contribuyó al desarrollo de los clubs de insurrectos en EE.UU., que financiaron la campaña de 1895.

A comienzos de 1898 la guerra contra los rebeldes cubanos estaba bloqueada.

El Pájaro Verde, Barcelona, 30 de junio de 1898, p. 3 (AGI, Diversos, leg. 35).

También estaban a punto de paralizarse las negociaciones secretas entre los gobiernos español y norteamericano para la venta de Cuba, que no fue aceptada, al menos inicialmente, por ningún grupo político español.

Todo sucedió muy rápidamente desde la declaración de guerra, a continuación de la explosión del Maine, pero su base fue el fracaso de los intentos de compra. La derrota naval de Santiago significó el golpe fulminante a la marina española que se necesitaba para firmar la paz.

Muchos militares sintieron que los políticos intentaron acallar al ejército haciéndole sentir culpable de la derrota, que debía ser rápida e incontestable, con importancia suficiente como para firmar inmediatamente la paz, como el hundimiento de la escuadra del almirante Cervera, al que conscientemente se envió a una derrota segura.

La cuestión de las responsabilidades, discutida en el parlamento a lo largo de 1898, produjo los momentos de máxima tensión y los más próximos al golpe de estado militar (en el que carlistas y republicanos habían cifrado sus esperanzas).

La España cerrada en sí misma, con su casticismo decadente, una variante de racismo trasnochado, se derrumbará en 1898. Las consecuencias no serán tanto de tipo político, económico o social, como, ante todo, de carácter ideológico. Como ya es comúnmente aceptado, la crisis del 98 supondrá un cambio de la conciencia española, en los valores en los que se había basado un estilo de vida.

Consecuencias del *Desastre*.

La consecuencia de 1898 es 1899, es decir, que en todo podemos encontrar causas y casi cualquier fenómeno podemos considerarlo consecuencia de otro anterior. Este modo de entender las relaciones causa-efecto en ciencias sociales es muy poco explicativo, y realmente solo podemos estar seguros, de forma algo difusa, de un "ambiente causal" anterior a los hechos, o de una situación general posterior al acontecimiento. Pero son tantos los factores que influyen en los sucesos históricos que sería muy atrevido mantener la vieja terminología mecanicista causas-consecuencias

sin matizarla.

Que no hubiera demasiados cambios políticos evidentes, ni que se produjera una hecatombe económica, sino más bien lo contrario, parece dar la razón a los que afirman que "en el 98 nada acaeció", y también a los que insisten en que la crisis fue primordial y casi exclusivamente ideológica. Y aquí, en el terreno de la ideología y los valores sí es fácil detectar la inflexión que supuso el 98. Con todo, no fue de forma inmediata: la derrota de Santiago de Cuba fue aceptada por el pueblo con apatía. Acudió en masa a los toros, como cualquier otro día. Las ligeras manifestaciones que provocaron los acontecimientos contrapunteaban con la alegría popular cuando volvían los soldados de una guerra que no era la suya. Hubo preocupación, sin embargo, en los ambientes burgueses, en las clases medias, de donde surge el afán regenerador; también en Cataluña, que se beneficiaba del comercio colonial; y entre los productores, coordinados e inspirados por Costa; por último en sectores del ejército y la Iglesia.

Lo cierto es que la repatriación de capitales cubanos, la estabilidad y casi bonanza económica que siguió, hicieron perder crédito a las voces más catastrofistas. A pagar las deudas originadas por la guerra se dedicó el gobierno regenerador, de la mano de Raimundo Fernández Villaverde. Y lo consiguió, iniciando una sensible recuperación económica.

Con una pirueta, la vieja política se revistió de regeneracionismo e hizo posible que nada cambiase. El turno continuó aparentemente, aunque socavado por muchas bombas de relojería, el movimiento obrero, el problema regional y el distanciamiento entre el ejército y los políticos, como veremos.

Lo que no se pudo mantener en la más amplia opinión pública fue el trasnochado discurso imperialista y ensalzar, sin más, las viejas glorias de la madre patria. Los viejos valores se resintieron: el sentido del honor tradicional se devalúa por exceso de uso, de un uso gratuito y grandilocuente que obliga a los más lúcidos a cambiar los valores castizos por los nuevos aires ideológicos que nos llegan de Europa, y en que el valor del trabajo cotidiano aparece como preeminente.

"Ser buen español al uso parlamentario -decía Maragall- es fácil cosa; basta con cruzarse de brazos y dejar que España se hunda al son de los

retruécanos; mientras que para ser buen español a secas se necesita ser héroe".

Y es ahí donde se produce un desgajamiento importante en el bloque de poder. El ejército sí mantuvo este discurso imperialista y propenso al triunfalismo y al orgullo nacional, hasta cierto punto, a la vez que fortalecía su alianza con la Corona. Si no sucedió nada (en el terreno político) en 1898, se debió en gran parte de la aceptación y el respaldo a la legalidad vigente que el ejército prestó en tan difícil coyuntura. Pero la institución salió resentida, los oficiales se sintieron maltratados por la manipulación a la que habían sido sometidos en 1898 y por el resultado del conflicto, que ante la opinión pública les hacía sentirse culpables. La desconfianza mutua entre el ejército y los políticos irá en aumento, coincidiendo con la incapacidad de los partidos por liderar efectivamente la situación y conceder un margen de estabilidad al país. Por su parte, la alianza e identificación entre el ejército y el monarca será cada día más evidente. Una alianza que consagra el alejamiento del estamento militar frente a los políticos profesionales y frente a la sociedad que éstos, más mal que bien, representaban. Este distanciamiento tendrá consecuencias desastrosas en la evolución de los acontecimientos en la España de toda la primera mitad del siglo XX.

Una experiencia de la enseñanza del 98 en Bachillerato.

Hasta la elaboración del currículo LOGSE, los temas de Historia contemporánea de España han estado marginados, colocados al final del temario. El resultado es que estos capítulos no eran abordados en la práctica del aula o se hacía precipitadamente, al final del curso, por fotocopias,...

El nuevo currículo oficial de la Educación Secundaria Obligatoria permite la flexibilidad de diseñar unidades didácticas sobre el bloque *El mundo actual*, que podrán ser impartidas cuando el profesor y el seminario didáctico lo consideren conveniente dentro de la programación didáctica del Área de Ciencias Sociales. En Bachillerato, la materia Historia (de España), en segundo (17-18 años) tiene un carácter casi exclusivamente contemporáneo, y está particularmente orientada al estudio del siglo XX, por lo que la enseñanza del tránsito de la sociedad española del siglo XIX al XX, se ha convertido en eje y hasta base del resto de los temas que se aborden en dicha

materia.

Es necesario aprovechar la oportunidad que ofrece el currículo oficial para conectar con la motivación que tengan los alumnos sobre los temas contemporáneos y evitar una metodología que convierta estos temas más cercanos en el tiempo en algo alejado de los intereses subjetivos del alumnado.

La experiencia que llevamos a cabo en el I.E.S. Altaír, de Getafe, Madrid, en 1997, permite concebir esperanzas en las posibles vías de estudio de los temas contemporáneos, en especial las relacionadas con efemérides o con aquellos acontecimientos de importancia mediática, desde una metodología participativa e interdisciplinar.

El objetivo de dicha experiencia era que los alumnos de dos grupos de 3º de BUP (16-17 años) elaborasen, con rigor científico y calidad formal, una colección de trabajos relacionados con la crisis del 98, adelantándose a la efemérides de la pérdida del imperio colonial que, sin duda, tendría, y tuvo de hecho, repercusiones en la prensa, de forma que este alumnado tuviera un criterio mejor formado cuando recibiese la información de los *mass media*. Para nuestro objetivo, los acontecimientos de 1898 se convertían en un excelente pretexto para estudiar el resto de las facetas de la España decimonónica: eran un buen *núcleo organizador*, pero iban más allá al relacionarse con problemas y condicionantes que aún hoy día siguen vigentes en nuestro país.

Sin entrar en pormenores de contenido, me limitaré a una somera descripción de la experiencia y su secuencia metodológica. Inicialmente se hizo una tormenta de ideas para sugerir el máximo número de temas posibles. Después se formaron grupos de tres o cuatro alumnos, y cada uno de estos grupos eligió el tema que les resultó más atractivo. Yo intervine ofreciendo alternativas cuando había coincidencias o vacíos importantes. La elección se hizo pública (se puso por escrito y se colgó en cada una de las clases) después de dos sesiones en la biblioteca del centro, sesiones imprescindibles para saber con qué recursos bibliográficos contábamos. En esencia, el método utilizado consistió en fragmentar las actuaciones necesarias para realizar el estudio y que los alumnos tomasen el mayor número de decisiones sobre sus trabajos.

Cada grupo debía contar con una persona que se encargase de las tareas de

Alfredo López Serrano

investigación y búsqueda de recursos bibliográficos, otra que asumiese la responsabilidad de la redacción y forma definitiva del trabajo y uno más que pudiese exponerlo a otros compañeros, pero debido a las diferencias cualitativas entre los trabajos, optamos por flexibilizar este modelo, y así algunos grupos constaron de dos miembros y otros de cinco, en trabajos particularmente extensos, sin sobrepasar ese número. Una persona hacía de secretario en cada grupo-clase, tomando nota de las conclusiones de las lluvias de ideas y de las decisiones adoptadas.

El seguimiento de los trabajos fue, más o menos, semanal, y consistió simplemente, a veces, en una pregunta o en la resolución de dudas por grupos. En febrero de 1997, tuvo lugar la entrega del esquema de cada trabajo. Y, a primeros de mayo, los primeros borradores, sobre los que di sugerencias de rectificación y profundización y propuse una nueva bibliografía, más especializada. Por último, se entregaron los trabajos definitivos. En todo el proceso fue fundamental comprometerse con unos plazos de cumplimiento razonables.

Es importante considerar que todos estos trabajos, que tenían un carácter voluntario, se realizaron sin detrimento de los contenidos generales de la materia que se estaba impartiendo, en aquel caso Geografía e Historia de España, a la que sirvieron de corolario y continuación.

Finalmente, se llevó a cabo una puesta en común entre los dos grupos-clase, en la que los portavoces de cada equipo expusieron las líneas generales y las conclusiones de sus artículos y se decidió el título del trabajo en su conjunto.

La colaboración de los profesores de Filosofía y de Literatura en el proyecto fue muy activa, respondiendo al apoyo que los alumnos reclamaron, especialmente los grupos encargados de la historia del pensamiento, la generación literaria del 98 o la vida cotidiana en la época. Fue muy de agradecer, pues, la colaboración y participación en el proyecto de la profesora de Filosofía **Mercedes González**, y la de **Marisol Pérez Urbano**, profesora de literatura del centro.

Se hizo una edición de cinco ejemplares, uno o dos de los cuales se incorporaron a la biblioteca del Centro, y el resto se destinaron a un concurso de experiencias didácticas, en la que obtuvimos, entre más de cien participantes, el tercer premio.

El 98: la pérdida de las últimas colonias españolas de ultramar

Habría que evaluar en otras circunstancias y centros, y en primero de bachillerato, las posibilidades de esta metodología, pero pensamos que es muy adecuada para abordar el estudio, en las aulas de secundaria, de períodos recientes de la historia de España, ya que el alumno es más dueño de su proceso de aprendizaje y no se siente "adoctrinado" o apabullado por los conocimientos del profesor, dos de los problemas que pueden incidir en la desmotivación del alumnado hacia el estudio de la Historia.

Bibliografía

- Allendesalazar, J.M. (1974): *El 98 de los americanos*, Madrid.
(1996): *La relación diplomática hispano-norteamericana 1763-1895*. Biblioteca Diplomática Española, M.A.E.. Madrid.
- Almuiña, C. (1996): "España dentro del complejo contexto internacional finisecular (1898)" en Diego, E., *1895: La guerra en Cuba y la España de la Restauración*. Madrid, Ed. Complutense.
- Alonso, J.R. (1974): *Historia política del ejército español*. Madrid.
- Alonso Baquer, M (1996): "El ejército español y las operaciones militares en Cuba", en Diego, E., *1895: la guerra en Cuba y la España de la Restauración*. Madrid. Ed. Complutense.
- Barón Fernández, J. (1993): *La guerra hispano-norteamericana de 1898*. La Coruña, Edicions do Castro.
- Boyd, C.P. (1990): *La política pretoriana en el reinado de Alfonso XIII*. Madrid, Alianza.
- Brenan, G. (1985, 1ª Edición inglesa 1943): *El laberinto español. Antecedentes sociales y políticos de la guerra civil*. Barcelona, Plaza & Janés.
- Busquets Bragulat, J. (1967): *El militar de carrera en España*. Barcelona, Ariel.
- Cardona, G. (1983): *El poder militar en la España contemporánea hasta la guerra civil*. Madrid, Siglo XXI.
(1990): *El problema militar en España*. Madrid, Historia 16.
- Carr, R. (1969): *España 1808-1939*. Barcelona, Ariel.
- Cayuela Fernández, J.G. (1993): *Bahía de ultramar. España y Cuba en el siglo XIX. El control de las relaciones coloniales*. Madrid, Siglo XXI.
- Company's Monclús, J. (1989): *De la explosión del Maine a la ruptura de relaciones diplomáticas entre USA Y España (1898)*. Lérida, Estudi General de Lleida.
- Costa, J. (1902): *Oligarquía y caciquismo como forma actual de Gobierno en España: urgencia y modo de cambiarla*. 2 vol. Introducción de Alfonso Ortí. Madrid, Revista de Trabajo, 1975.
- Christiansen, C. (1974): *Los orígenes del poder militar en España 1800-1854*. Madrid, Aguilar.
- Fernández Bastarache, F. (1978): *El ejército español en el siglo XIX*. Madrid, siglo XXI.
- Fernández de la Reguera, R. (1964): *Fin de una regencia*. Barcelona, Planeta.

El 98: la pérdida de las últimas colonias españolas de ultramar

(1981): *¿Héroes? de Cuba (Los héroes del desastre)*. Barcelona, Planeta.

Foner, P.S. (1975): *La guerra hispano-cubana-americana y el nacimiento del imperialismo norteamericano (1895-1902)*. Torrejón de Ardoz (Madrid), Akal.

García de Polavieja, C. (1898): *Mi política en Cuba. Lo que vi, lo que hice, lo que anuncié*. Madrid, E. Vinuesa.

Gómez Vidal, M. (1897): *El conflicto hispano-americano*. Imprenta del Cuerpo de Artillería, Madrid.

Headrick, D.R. (1981): *Ejército y política en España (1866-1898)*. Madrid, Tecnos.

Jover Zamora, J.M. (1976): "Caracteres de la política exterior de España en el siglo XIX" en *Política, diplomacia y humanismo popular. Estudios sobre la vida española en el siglo XIX*. Madrid, Turner.

(1979): *1898: Teoría y práctica de la redistribución colonial*. Madrid, Fundación Universitaria Española.

Lleixà, J. (1986): *Cien años de militarismo en España. Funciones estatales confiadas al ejército en la restauración y en el franquismo*. Barcelona, Anagrama.

Narbona, F. y De la Vega, E. (1982): *De Prim a Carrero Blanco. Cien años de magnicidios en España (1870-1973)*. Barcelona. Planeta.

Navarro García, L. (1992): *La independencia de Cuba*. Madrid, Mapfre.

Pabón, J. (1963): "El 98: acontecimiento internacional". *Días de Ayer*. Barcelona.

Payne, S. G. (1976): *Ejército y sociedad en la España liberal 1808-1936*. Madrid, Akal.

Pérez Delgado, R. (1976): *1898, el año del desastre*. Madrid. Tebas.

Puell de la Villa, F. (1986): "El reformismo militar durante la Restauración y la Regencia" en *Las Fuerzas Armadas Españolas. Historia institucional y social*. Dirigida por M. Hernández Sánchez Barba y M. Alonso Baquer. Madrid, Alhambra.

Ramón y Cajal, S. (1955) *Mi infancia y juventud*. 6º edición. Madrid, E. Calpe.

Ramos, D. (1996): "Cuba y Puerto Rico en la España de comienzos de la década de 1890", en Diego, E., *1895: La guerra en Cuba y la España de la Restauración*. Madrid, Ed. Complutense.

Rodríguez González, A.R. (1988): *Política naval de la Restauración (1875-1898)*. Madrid, San Martín.

(1993): *Isaac Peral. Historia de una frustración*. Murcia, Ayuntamiento de Cartagena.

Alfredo López Serrano

Rubio, J.: "En torno a los orígenes del desastre de 1898. La primera gran ocasión perdida: Prim", en *Cuenta y Razón* (Madrid), núm. 29 (mayo-junio 1995).

Sales, N.: "Servicio militar y sociedad en la España del siglo XIX" en *Sobre esclavos, relictos y mercaderes de quintos*. Barcelona, Ariel.

Seco Serrano, C. (1984): *Militarismo y civilismo en la España contemporánea*. Madrid, I.E.E.

Serrano, C. (1984): *Final del Imperio. España 1895-1898*. Madrid, Siglo XXI.

Soldevilla, F. (1898, 1899): *El año político, 1897, 1898*. Gerona, Tipografía del Hospicio provincial; y Madrid, Ricardo F. de Rojas.

Timoteo, J. (1996): "Opinión pública y propaganda bélica al inicio de la contienda" en Diego, E. *1895: La guerra en Cuba y la España de la Restauración*. Madrid, Ed. Complutense.

Tuñón de Lara, M. (1975): *Historia y realidad del poder. El poder y las elites en el primer tercio de la España del siglo XX*. Madrid, Edicusa.

Vanaclocha, F. (1981): *Prensa político-militar y sistema de partidos en España (1874-1898)*. Madrid, Fundación Juan March.

Varela Ortega, J. (1977): *Los amigos políticos: partidos, elecciones y caciquismo en la Restauración (1875-1900)*. Madrid, Alianza.